21 Epílogo

■ Cuando el poder pasa y la amistad queda

Mientras escribía estas páginas, la política no se detuvo. Nunca lo hace. Tampoco se detuvo la lucha. Quien crea que este libro fue escrito desde la comodidad del retiro o la distancia se equivoca. Fue escrito bajo la intemperie. Con riesgos. Con nombres propios. Con la conciencia de que, en Venezuela, pensar distinto nunca ha sido un ejercicio inocuo.

Muchos pagaron un precio más alto. Algunos terminaron en calabozos. Otros, en el exilio. Otros, en el silencio forzado. En mi caso, intentaron amedrentarme. No una vez. Varias. Pero hay límites que el poder reconoce, incluso cuando no los respeta. Ellos saben quién soy. Saben de dónde vengo. Y saben, sobre todo, que hay hombres a los que se puede presionar, pero no quebrar.

Nunca dejé de decir lo que pienso. En uno de los tantos actos públicos en los que acompañé la candidatura de Edmundo González lo expresé sin rodeos: todo poder tiene una última oportunidad. El derecho a rectificar. A defender sus ideas sin destruir al otro. A entender que persistir en el error no es firmeza, sino suicidio político. Negarse a rectificar no es resistir: es anularse.

Siempre he creído que la política no se mide solo por victorias o derrotas, sino por el saldo humano que deja. Y aquí está la tragedia mayor: si quienes detentaron el poder hubiesen puesto por encima el valor del ser humano, de la amistad y del adversario como persona, Venezuela se habría ahorrado años de sufrimiento, de destrucción y de dolor.

El poder parece eterno mientras se ejerce. Lo he visto demasiadas veces como para dudarlo. Gobiernos que parecían inexpugnables se evaporan. Liderazgos que se creían invencibles terminaron reducidos a una nota al pie. La historia no avanza siempre con estruendo; a veces gira en silencio y, cuando lo hace, ya es tarde para quienes no supieron leerla.

Hoy, mientras cierro estas últimas líneas, pienso en eso: en lo rápido que todo puede cambiar. En cómo el poder que se ejerce sin humanidad termina volviéndose contra quien lo empuña. En cómo las cárceles, los exilios y los discursos inflamados no construyen futuro: solo postergan el ajuste de cuentas de la historia.

Este libro no es una apología del pasado ni una nostalgia partidista. Es el testimonio de algo más sencillo y más raro: una forma de hacer política donde la amistad no fue una debilidad, sino una fortaleza; donde la lealtad no fue servilismo, sino coherencia; donde disentir nunca significó deshumanizar.

No soy famoso. No aspiro a serlo. Pero soy libre. Camino sin escoltas del miedo. Duermo con la conciencia en paz. Y cargo conmigo una memoria llena de buenos recuerdos: debates intensos, campañas agotadoras, derrotas dignas, victorias compartidas y afectos que sobrevivieron a los cargos y a las caídas.

Si algo aprendí en todos estos años es que el poder pasa. Los cargos se van. Las consignas se marchitan. Pero la manera en que tratamos a los otros —incluso a nuestros adversarios— permanece. Y eso, al final, es lo único que la historia no se atreve a confiscar.

Este libro se cierra aquí. La vida política, no.

Pero si algún día alguien se pregunta qué quedó de todo aquello, ojalá encuentre en estas páginas una respuesta sencilla y honesta: que intentamos hacer política desde la amistad, sin perder el alma.

Cuido editorial: Ramón Hernández | Diseño: María de Lourdes Cisneros | Fotografía: Federico Prieto